

Carta a los herederos es un artículo del escritor español Antonio Gala dirigido explícitamente a los jóvenes. Contiene una exhortación a **aprovechar el tiempo presente**, valiéndose de un lenguaje que resulta íntimo y personal, ya que el autor tutea a su lector, consiguiendo recrear así un clima familiar y paterno. Después de una breve reflexión acerca de la fugacidad del tiempo, donde se menciona también el horaciano tópico del *carpe diem*, el autor anima a su joven destinatario a **coger la iniciativa en la vida**, afirmando que el mayor remordimiento que un hombre puede tener es el de haber cometido pecado de omisión, esto es, haber desperdiciado las ocasiones que la vida le ha concedido. Esto justifica lo que se dice a continuación, cuando Antonio Gala declara que **uno puede conocerse a uno mismo solo observándose en acción**, en medio de la cotidiana lucha por mantener la tensión vital, única vía que puede llevar a una persona al descubrimiento de su destino. A este respecto, el escritor insiste en la idea de la vida como un camino, no siempre claro y lineal que, de todas maneras, se desvela paso tras paso, afirmando asimismo que no es aconsejable pensar demasiado en los remordimientos del pasado ni tener miedo al futuro: estas son solo distracciones que pueden negar la posibilidad de vivir como protagonista el momento presente. Finalmente, el último y más importante consejo es el de **no separarse nunca de la vida, de abrazarla, de abandonarse a ella**: el secreto de la vida, al fin y al cabo, es vivirla por encima de todo.

Este escrito está dirigido a vosotros, los jóvenes.

Hoy quiero hablar contigo a solas. Lo que tengo que decir debe ser dicho de uno en uno y en voz bastante baja. Y quiero que me atiendas lo mejor posible. Aunque solo sea porque este momento de esta hora precisa en que me lees, ni tú ni yo lo volveremos a vivir jamás; como yo no volveré a escribir para ti lo que ahora escribo, en este minuto de una primavera casi agotada, en medio de una luz que se deja caer...

Carpe Diem, ordenaba el delicado Horacio. Disfruta de la hora. Luego, más pronto siempre de lo deseable, anochecerá. La tarde va vencida hacia su derrota habitual. *Carpe Diem*...

“Aprovechar el tiempo”, para los mayores tiene sentido de urgencia y amenaza: hay que estar siempre haciendo algo productivo. No es eso de lo que hablo. Yo te hablo de lo que se va y no vuelve; de los pecados de omisión, que son sin duda los peores, porque ni siquiera les dimos existencia. Aquello que no hicimos será lo que más nos atormenta; aquello que no vivimos, nuestro mayor reproche. Tú eres todavía joven. El ser humano posee su juventud – o viceversa – durante un plazo que, ido, fue demasiado corto. El resto de su vida le quedará para añorarlo... Pero la juventud – óyeme bien – no depende de la edad, sino de la disposición: de la intrepidez, de la fruición, del gusto por el riesgo, de encarar con majeza el permanente reto de la vida...

Por eso yo te digo: no esperes, toma. Por esperar el momento oportuno y dejar escaparse vacíos tantos otros, se pierde la frescura del primer impulso. No te detengas: bebe en los arroyos; come frutas sin aguardar que te las sirvan. Alza la mano al árbol y tómalas; ninguna sabe mejor que la devorada por una boca ansiosa: el hambre le da el gusto a la comida. Antes de comer tú, comparte: ver saciar al otro su apetito es la mejor sazón de un alimento... Pero levántate nada más terminar. No te refugies donde te invadan la inacción o el desánimo. La serenidad vendrá a su hora. No te sientes; sentado, no pretendas ni conocerte a ti mismo. No pierdas tiempo en buscarte; ya te reconocerás en la acción y en la batalla. Y cuando te encuentres, sé lo que eres. Ten el valor de serlo. Sal voluntariamente al encuentro de tu destino; abrázalo y fúndete con él. De momento – *Carpe Diem* – lo tuyo es la tensión. Agarra cada instante y elige cuanto te ofrezca, porque después te arrepentirás de lo que dejes, y has de sentir como si hubieses rechazado lo que ahora no elijas. Vive el presente con la mayor intensidad de la que seas capaz. El pasado es un camino, no siempre recto, para alcanzar el hoy; el mañana, si es que te llega, será una consecuencia que ha de traer entre las manos su propio afán. No sientas remordimientos del pasado. No sientas temor por el futuro. Siente no más el gozo del presente.

Y antes de cualquier otra norma, ten esta en cuenta: no te separes de la vida. No dejes de abrazarte a ella con fuerza: ni por cobardía, ni por pereza, ni por sensatez. Abandónate a la vida, sin que la manche ninguna pasajera tristeza, ningún pesimismo, ninguna sombra tuya. Si puedes, cuando puedas sé feliz. Pero, aunque no lo seas, no lo olvides: el tesoro del niño está aún próximo a ti. Y recuérdalo a cada instante: la obligación más exigible de un ser vivo – la primera – es vivir: vivir por encima de todo lo demás.

(De: *En un lugar de la literatura*, De Agostini Scuola, p. 414-415).

Otras sugerencias:

- *Tiempo sin tiempo*, de: *Cotidianas* (1979) – Mario Benedetti
- *El reloj del tiempo*, de: *El hacedor* (1960) – Jorge Luis Borges